

ct

Ella también lo está pasando mal

de
Macarena Trigo

(fragmento)

I

Están las locas de amor, las locas de atar y las locas de mierda. Las primeras son las más poéticas pero también las más mentirosas y aburridas. Las segundas son las más tristes de mirar pero te dan envidia porque hacen cosas increíbles de esas que imaginas todo el tiempo sin animarte nunca por lo que piense el resto. Las locas de mierda... Bueno, ahí tienes de todos los colores. Están las que eligieron y las que no pudieron evitarlo. Las hay tontas de remate o con el intelecto de un Nobel en química. Todos los excesos contaminan. La mente femenina es muy porosa. Yo sostengo que a todas les afecta la lluvia los domingos, la ingesta de dulce y el tener algo metido entre las piernas. Todas se tranquilizan con esas nimiedades.

TESTIMONIOS

Loca de amor: No creo que entienda casi nada de lo que digo, pero escucha. O no. Es imposible saber si alguien te escucha realmente. Bueno, él se queda. Se queda ahí, me deja decirle, escribirle, mandarle mensajes en horarios molestos. Me deja. Llenarlo de palabras, palabritas, palabrotas tratando de explicarme. Así de generoso. Y no me juzga. Por ahí lo que pasa es que espera que me ahorque solita con el hilo de mis pensamientos, quizá tiene esa esperanza, el pobre. Puede ser. Es alto. Mucho más alto que todos los demás. Nunca hubo uno tan alto así de cerca mío. No sé cómo mirarlo algunas veces. No puedo imaginarlo horizontal aún. Ya sé, no es correcto que cuente tanta tontería. Muy poco razonable. ¡Pero es que se repite! Ellos vienen y miran, se lo piensan, te piden el teléfono, se van de vacaciones, se les quitan las ganas. Ninguna poesía. No puedo hacer como si nada. Yo me quiero hacer cargo de mis cosas. Si me gusta, se lo digo. Y se lo digo lindo, no de cualquier manera. Una hizo sus deberes, tiene estudios. A todo hay que aplicarlos.

Loca de atar: No sé bien cómo fue. Me desperté contenta de golpe. Hace tanto que no me pasaba que me asusté y corrí a mirarme en el espejo sabiendo que no me reconocería. Nada como la felicidad para cambiarte la cara de un plumazo. Bueno, ahí estaba yo. Esta cara. Estos ojos chiquitos, esta nariz torcida y este pelo de rata. Y la tipa del espejo se veía... Me da cosa decirlo, pero es cierto, se veía hermosa. Sonreía como el gato que se comió al canario. Ese cosquilleo que arranca en la comisura de los labios y tironea. Dura cosa de nada, pero ahí comienza todo. Esa es la llave de la felicidad: el cosquilleo en el borde de la boca. Justo acá. Mira. Bueno, ahora no me sale. A mí siempre me cuesta una barbaridad. Por eso digo que me levanté con susto esta mañana, como sintiendo que había otra dentro de mi cara. Una tipa feliz. Me dio impresión.

Loca de mierda: Todas alguna vez usamos muñecas de trapo para un primer vudú. No hay nada comprobado pero la fuerza misma del deseo cuando se aprieta fuerte la muñeca queriendo hacer el mal funciona cada tanto. Luego llega el bebé que paseas en cochecito. Acarreas al bebé cabezón como si tu vida fuera en ello pero tarde o temprano te cansas, lo abandonas en cualquier parque, alguna te lo roba y se arma el escándalo porque llega tu mamá preguntando dónde pusiste al nene y ahí mismo te condena a ser mala persona. Algunas tuvieron a la zorra de *Barbie*. Las más inteligentes no tuvieron jamás muñeca alguna. Las peores son las de porcelana. No se pueden mirar después de medianoche.

II

Algunas duermen mal porque a la hora de la siesta se masturban. Eso es así. De siempre. En medio de la tarde muchas se aburren. Hay silencio, está ese calor raro, se ponen pegajosas y es un asco. No se sabe si sirve para algo todo ese chapoteo pero quedan suavécitas, calladas, medio lelas. Como que les dio un aire. Así que se las deja porque total, no joden, y en algo hay que ocuparlas.